

RESPUESTA A VÍCTOR E. CARO

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores académicos:

La Academia Colombiana se regocija hoy al recibir entre sus socios de número a quien trae a este instituto una doble representación: la suya propia y la que le corresponde como heredero de la dinastía literaria más ilustre que ha tenido Colombia, según hermosa frase del gran Menéndez y Pelayo.

Desde el siglo XVIII hasta la hora presente, el apellido Caro tiene una importancia notoria en la literatura colombiana. Acreditólo don Francisco Javier con sus versos festivos y satíricos, llenos de sal y de malicia, y con su curioso diario, que pinta tan gráficamente, en breves rasgos, la vida de los habitantes de Santafé. Dióle lustre don Antonio José, el elegante redactor de las actas del Congreso de Cúcuta. Comunicóle el brillo del genio lírico y del talento filosófico don José Eusebio, el más profundo quizás de los poetas americanos. Revistiólo de la majestad de la toga romana el grande humanista que tradujo a Virgilio, el varón consular que dictó los principios constitucionales que rigen la República. Y a la sombra de esta majestuosa encina, se desarrollaron filiales renuevos, casi todos prematuramente segados por adverso destino; pero no sin que alcanzaran a dar muestras de que en ellos se conservaba la pujante savia de su estirpe; como las da también nuestro nuevo compañero, a quien suerte más benigna ha permitido desarrollar su talento en el campo científico y en el de las bellas artes.

Las Academias son, por su naturaleza, guardadoras de la tradición, en lo que ésta tiene de respetable y digno de perpetuarse; sin que por esto renuncie a vivir en su tiempo y conservar su vitalidad, renovándose con el contacto de las nuevas ideas y formas de artes. Esa tendencia tradicional las mueve a querer conservar en la lista de sus socios ciertos nombres preclaros, cuyas glorias están íntimamente unidas a las de la Corporación. Así la Academia Española estuvo regida sucesivamente, en sus primeros tiempos, por tres Marqueses de Villena, como homenaje al ilustre fundador del Instituto. En el siglo pasado, cuando aún vivía el gran Duque de Rivas, la Academia Española sentó al lado suyo a su primogénito, heredero de su título y de una chispa de la magna hoguera de su genio poético. Entre los padres de nuestra Academia figura don Miguel Antonio Caro, quien, al igual de don Andrés Bello, había recibido su título directamente de la Academia Española. Cuando falleció el señor Caro, la corporación llamó a su seno a don Hernando Holguín y Caro, sobrino de aquél e hijo de otro insigne académico, gloria de la tribuna colombiana. Breve fue su paso por este Instituto, pero ninguno de sus compañeros podrá olvidar al inmaculado repúblico y eminente hombre de letras cuya temprana desaparición fue un

duelo para la patria y una pérdida irreparable para quienes lo quisimos con el alma. Y hoy, después de más de medio siglo de fundada la Academia, tiene todavía ocasión para oír resonar el nombre de un Caro, representando, como siempre, el ingenio castizo, el amor a las letras humanas, la elevación moral y la inspiración poética, en su forma más noble, clásica e idealista.

Porque el señor Caro es poeta, no solamente en sus versos sino en su vida íntima y afectiva. Dotólo el Cielo de ese don envidiable, que, a falta de nombre más preciso, llamamos inspiración, y sus tendencias poéticas han marchado siempre en perfecto acuerdo con las aficiones de su existencia, serena, apacible, consagrada al culto de los más puros afectos. A muchos les llamará la atención que sea poeta el matemático que supo regir dignamente la Facultad Nacional de Ingeniería. A otros, que alardean de conocedores en materia de letras, les extrañará que se cuente entre los alumnos del Parnaso a quien tan poco lugar ocupa con sus versos en las hojas periódicas y se limita a escribirlos para satisfacción propia y de un escogido círculo de amigos. Lo cual quiere decir que el señor Caro no es un poeta que pretenda estar de moda, aun cuando posea facultades poéticas que podrían y deberían envidiarle muchos de los que hoy se ven halagados con una efímera popularidad.

Ha sido también el señor Caro hábil traductor. Puso en excelentes versos algunos fragmentos del *Les romanesques* de Rostand, poema dramático que, como los demás de la juventud del autor, tiene una frescura, una gentileza, una delicadeza de tintes y de expresión, que unidas a la inspiración brillante, a la esplendidez del ritmo, a la riqueza de la rima, dan a estas obras un encanto especial que quizá no tienen producciones más ambiciosas, pero también más artificiales, como *Chantecler*. También tradujo elegantemente el señor Caro *La Partida de Ajedrez* del dramaturgo italiano Giacosa, quien, entre obras de mayor empeño, produjo dos poemitas dramáticas, del género más ideal y poético, en alejandrinos pareados, del más exquisito y delicado ritmo: el ya citado y el que se titula *Triunfo de amor*. La traducción de Caro fue puesta en escena, en esta ciudad, por la compañía dramática de Jambrina; y aun cuando la ejecución fue casi improvisada, permitió admirar los bellos versos en que nuestro compatriota interpretó hábilmente los de la encantadora pieza italiana, que más adelante fue traducida también, con su hábil maestría, por el insigne poeta español don Francisco Villaespesa, que es en estos momentos nuestro admirado y simpático huésped.

El señor Caro al entrar aquí, vuelve a su propia casa. No sin emoción habréis oído, señores académicos, los sentidos y hermosos párrafos en que hace revivir los recuerdos de su infancia, pasada al abrigo de la modesta casa, única propiedad que poseyó don Miguel Antonio Caro, y que ocupaba el mismo sitio en que ahora nos hallamos. Aquí pasó sus últimos años el grande hombre, desengañado del mundo, pero no de los nobles ideales a que había rendido culto toda su vida; aquí consoló sus patrióticas tristezas y sus penas íntimas la que fue su amante compañera, y que era al lado suyo como

el panal labrado por providenciales abejas en la boca del león. Aquí dio sus postreros, luminosos destellos, una de las más vastas inteligencias con que se honra la América Española; uno de esos talentos universales, digno de haber brillado en los días del Renacimiento, que lo mismo abarcó la filosofía y la ciencia constitucional, la teología y la jurisprudencia, la filosofía y el arte.

En su elegante disertación, discurre el señor Caro sobre una forma métrica que, casi desusada hace un siglo en la poesía española, ha adquirido luego extraordinario favor, reinando aquí en Colombia, durante años, con exclusión casi absoluta de las demás combinaciones métricas, hasta el punto de que un eminente poeta y literato norteamericano, nuestro huésped hace pocos años, anotó, con ligera exageración, que ya en Colombia no se escribía sino en sonetos. El señor Caro, que es un eminente sonetista, como lo comprueba su precioso volumen *A la sombra del alero*, conoce muy a fondo la historia del soneto y ha penetrado como pocos en el secreto de su mecanismo; para lo cual le ha servido grandemente el estudio amoroso de los numerosos sonetos de su padre, entre los cuales hay algunos que son joyas de alta poesía y modelos acabados en materia de ejecución técnica.

Como observa el señor Caro, el soneto no fue forma predilecta de nuestros poetas durante la primera mitad del siglo anterior, aun cuando en ese tiempo se escribiesen algunos de subido valor. No citaré el famoso *A Cristo crucificado*, atribuido, tanto aquí como en España, al doctor García Tejada, por ser dudoso que le pertenezca el texto castellano de esta poesía, cuyo original es del poeta portugués doctor Manuel de Nóbrega, como lo ha demostrado el docto jesuita padre Daniel Restrepo. Pero sí merecen mencionarse los de José Fernández Madrid a *Las banderas de Pizarro* y a *Napoleón*, superado este último por el vigoroso de doña Josefa Acevedo de Gómez. Son elegantes y sentidos los que escribió Luis Vargas Tejada en la solitaria cueva en donde pasó, fugitivo, sus últimos días; y tiene un brillante arranque el que consagró don Andrés Marroquín a la muerte de la hermosa señora Teresa Villa. Pero todo esto palidece al lado del soneto a *Héctor* de José Eusebio Caro, medallón antiguo que Heredia hubiera colocado en el joyero de *Los Trofeos*, y el dedicado *Al Chimborazo*, altivo como el alma de su autor.

Los poetas románticos ni aquí ni en parte alguna, escribieron colecciones de sonetos; talvez porque esta forma, diminuta y de complicada estructura, convida para la miniatura poética, pero no es molde apropiado para recibir el torrente impetuoso de fuego y lava de la inspiración romántica. No se concibe a un Byron, a un Lamartine, a un Víctor Hugo, a un Espronceda, labrando cuidadosamente vasos de orfebrería, cuando en sus almas bullía un océano de imágenes y de emociones. Por eso todos ellos prefirieron las formas más amplias que les ofrecía la versificación de sus respectivos idiomas. En cambio, el soneto convenía muy bien a la inspiración reflexiva y al anhelo de perfección en la forma que caracterizan a la escuela parnasiana, cultivadora de un ideal poético muy distinto de aquel a

que rindió culto el romanticismo. Y como *Los Trofeos* de Heredia señalan la perfección del género, esta colección celeberrima ha servido, directa e indirectamente, de modelo a las muchas y excelentes con que se han enriquecido las letras españolas y americanas; o por lo menos, ha constituido un estímulo para la inspiración de los poetas modernos.

Mucho antes de que esta moda se enseñoreara de nuestro parnasos, el gran poeta nacional don Rafael Pombo, con ocasión de enviar al director del *Repertorio Colombiano* su soberbia traducción de *El despertar de Adán*, soneto inmortal de Blanco White, hizo, entre burlas y veras, la apología de esta combinación métrica, que consideraba la más propia de nuestros afanados y utilitarios tiempos, en razón de su brevedad y concisión, que obliga a concentrar en catorce versos la materia de todo un poema. Llamaba al soneto "punto de intersección entre la poesía y las matemáticas"; y lo juzgaba como comprobación, en el terreno de las letras, del sistema homeopático, del cual era ardiente partidario, hallando demostrada su verdad por todo género de consideraciones, divinas y humanas.

En los tiempos de su juventud, Pombo, que era entonces para la poesía colombiana lo que Byron y Musset para la de sus países respectivos, explayó su potente inspiración en cantos extensos, como *El Niágara*, *Angelina*, *Edda*, *El bambuco*, *La hora de tinieblas*, y tantas otras producciones en que palpitan las pasiones de un temperamento de fuego. En la segunda mitad de su vida, hizo muchos sonetos, alambicados y ásperos algunos de ellos, pero otros admirables, como el titulado *De noche*, que no vacilo en considerar como uno de los más bellos que existen en nuestra lengua.

¡Curiosa coincidencia! Este soneto de Pombo y uno de los mejores de Caro, tiene por asunto a la vejez, tema fecundo que dio ocasión a Marco Tulio para uno de sus más profundos *Diálogos*. En la juventud se habla de la ancianidad con unción respetuosa y serena; cuando se traspone el cenit de la existencia, la consideración de la muerte reviste una forma dolorida y patética, como de quien siente aproximarse los pasos de la terrible segadora. Caro escribió de joven el soneto *Pro Senectute*, de inspiración serena y reflexiva, que va ascendiendo de estrofa en estrofa, hasta llegar al terceto final, que constituye una verdadera apoteosis de la edad proveyta. Para Caro la vejez no es descenso, sino el final glorioso de una áspera ascensión:

Fúlgida luz la vista te oscurece;
Argentó tu cabeza nieve pura;
Dejas de oír, porque el silencio crece;

Te encorvas, porque vences la fragura;
Anhelas, porque el aire se enrarece;
¡Llegando vas a coronar la altura!

Pombo escribió el soneto *De noche* en la ancianidad, aun cuando no fuese su última composición, como alguien ha escrito. De ahí el tono personalísimo de esta composición, que expresa admirablemen-

te el desencanto, el abandono, la suprema desilusión de todas las cosas creadas, de todo cuanto atrajo e hizo palpitar su corazón. Pero su fe espiritualista lo conforta en aquel trágico desfallecimiento; y el anciano, como si hubiese alcanzado a superar la altura de que habla Caro, tiende su mirada ansiosa por los espacios infinitos:

*¡Dios lo hizo así! Las quejas, el reproche
Son ceguera; dichoso el que consulta
Oráculos más altos que su duelo.*

*Es la vejez viajera de la noche,
Y al paso que la tierra se le oculta
Abrese amigo a su mirada el cielo.*

La belleza artística no se mide, afortunadamente, por varas; ni en la aduana del Parnaso los efectos se tasan por el volumen, sino por el valor. ¡Feliz el que, en un instante de iluminación espiritual, ha visto rasgarse las nieblas en que se envuelve la prosa de la existencia diaria, y ha contemplado las ideas, no rígidas y abstractas, sino encarnadas en formas esplendentes y luminosas, y ha sentido palpitar las emociones, libres de toda liga y escoria, con la intensidad y pureza con que vibran, en una noche despejada, los rayos de las estrellas! ¡Y más dichoso el que acierta a aprisionar ese momento de iluminación fugaz, y logra que las palabras, de ordinario reacias e indóciles, respondan a su conjuro y den su voz armónica a lo que es inefable para la mayor parte de los hombres! Con un rasgo solo, que a manera de centella inflama el negro manto nocturno, puede el artista iluminar la noche del alma y hacernos columbrar los abismos del infinito.

¿Y qué decir de esos grandes creadores, que son a manera de un Sinaí siempre inflamado, siempre coronado por nubes flamígeras, de cuya cima brotan perennemente torrentes de fuego, y en cuyas entrañas ruge el trueno, como si fuera un eco de la voz divina? Por medio de esos genios, Dios transmite al mundo, no las tablas de la ley moral y religiosa, que puso en las manos sagradas de su profeta, pero sí la revelación de la belleza que, aun revestida de formas sensibles y perecederas, es reflejo de la luz increada, fuente de toda hermosura. En esta iniciación suprema se hermanan genios de todos los tiempos y de todas las razas: Esquilo y Shakespeare, Dante y Milton, Calderón y Víctor Hugo. Y por encima de todos, los que reunieron en su persona y obras los dos caracteres: el divino y el humano: Job, David, Isaías...

“Breve e amplissimo carne”, llamó al soneto el gran poeta italiano Carducci: definición feliz, porque esa menuda concha métrica, puede guardar la resonancia, vasta como el océano, que deja en sus versos una alma grande. La apoteosis que Dante hizo de Beatriz en su inmenso poema, aparece condensada en aquella perla de todos los sonetos, en que el poeta fijó para siempre la actitud humilde y celestial de su dama:

*Tanto gentile e tanto onesta pare
La donna mia....*

Y pasando del Olimpo a la tierra, y de la Edad Media al siglo diez y nueve, puede decirse que todo el sentimiento de la naturaleza que anima las *Geórgicas*, quedó expresado en el soneto marmóreo de Carducci titulado *Il Bove*, y que nadie recuerda las rientes campiñas italianas sin que le salte a la memoria el verso amplio y sugestivo en que el poeta evoca

Il divino del pian silenzio verde.

La boga actual del soneto no es fenómeno sin antecedentes en la historia literaria. El soneto, que entró en nuestra poesía con paso claudicante, como lo demuestran los muy inarmónicos del marqués de Santillana "fechos al itálico modo", adquirió en breve, en el siglo XVI, la gentileza y dulzura de que da muestra aquél de Garcilaso, cuyos primeros versos están en la memoria de cuantos hablan en castellano. En la escuela sevillana, don Juan de Arguijo sobresalió por el primor con que torneó y dio colorido a sus numerosos sonetos; y algunos de este simpático prócer, de Lope de Vega y de Jáuregui, son un antecedente que no puede olvidarse de los *Trofeos* de Heredia, poeta hispano-francés, muy conocedor de nuestra vieja literatura. Lo que ocurre con las grandes colecciones de sonetos de la edad de oro, como las de Lope, Góngora y Quevedo, es que se nota en ellas una extraordinaria desigualdad, de tal manera que al lado de algunos que son verdaderas obras maestras por el pensamiento y por la ejecución, filigranas de orfebres del Renacimiento, aparecen otros de áspera factura y de vulgar concepción, como si al poeta no le importara mezclar las piedras preciosas con vidriecillos de ningún valor. En lo que sí se mostraron rigurosos nuestros poetas clásicos, fue en conservar al soneto su carácter arquitectónico, manteniendo el paralelismo de rimas en los cuartetos y enlazando hábilmente las de los tercetos. Esta tradición fue uniforme en la edad clásica de los pueblos latinos; no así en los sajones, pues si Milton la siguió en sus grandiosos sonetos, Shakespeare, en cambio, se separó de ella en la serie de los suyos, henchidos de honda y misteriosa pasión. En el siglo pasado grandes poetas europeos, como Baudelaire, usaron de vez en cuando de esa misma libertad, de que se han aprovechado también y más ampliamente, poetas modernistas, aun cuando algunos de ellos, después de haber rimado libremente colecciones de sonetos han vuelto a la tradición secular, con ventaja indudable para la perfección artística de sus obras.

Don Miguel Antonio Caro tradujo de manera insuperable el soneto de Heredia titulado *Los Conquistadores*; pero no es la musa de *Los Trofeos* la que preside a sus inspiraciones originales, vaciadas en ese molde métrico, sino más bien la de otro gran sonetista parnasiaño, a quien Caro admiraba mucho y de quien tradujo todo un volumen de versos: el profundo, sutil y delicadísimo Sully Prudhomme.

Escribió éste más sonetos quizás que el propio Heredia; pero no le dio a su colección esa unidad de idea y de intención artística, esa construcción orgánica que hicieron de *Los Trofeos* un libro único y excepcional. Los sonetos de Heredia brillan por su hermosura plástica, por la habilidad con que el grande artista condensa en el espacio de unos pocos versos vastos cuadros históricos. Los sonetos de Sully Prudhomme sobresalen por la intensidad del sentimiento o por la fuerza simbólica; después de leer algunos de ellos inclinamos la cabeza al peso de la meditación. Entre los sonetos traducidos por Caro, léase el titulado *La Copa*; allí está simbolizada la inspiración selecta y activa del cantor del *Vaso roto*.

Los mejores sonetos de Caro, los que pueden extraerse de su vasta colección, como joyas de primer orden, pertenecen al mismo género de poesía, reflexiva y profunda, a un tiempo filosófica y sentida, que cultivó Sully Prudhomme. No hay sombra de imitación literaria: es simple analogía de inspiración.

No se ha hecho todavía un estudio completo y metódico de la obra poética de don Miguel Antonio Caro, digno coronamiento de su enorme labor intelectual; flor que abre sus elegantes pétalos en la cima de un monumento marmóreo. En su primer volumen de versos, obra de su sabia adolescencia, predomina el gusto clásico más puro; y es patente el influjo de los antiguos líricos salmantinos como lo es en otro poeta y gran prosista americano, don Rafael María Baralt. Pero de vez en cuando suena, en uno y otro, la nota personal, y el sentimiento imprime blandura al mármol clásico, como acontece en el canto que nuestro compatriota consagró a Eugenia Bellini y en la silva del venezolano *A una flor marchita*. Más adelante, prendado Caro de la noble dama que había de ser la compañera de su vida, escribió las *Horas de amor*, que representan una notable evolución de su inspiración poética. El que había cultivado con predilección la *Lira* de Garcilaso y de Fray Luis, emplea ahora numerosas combinaciones rítmicas, algunas de gusto romántico; y da a su inspiración un carácter de vaguedad, de intimidad delicada y misteriosa muy en armonía con el tono musical de sus versos. Dijérase que el primer amor ha despertado en el alma del precoz humanista la poesía del ensueño; y que el que había considerado el arte como línea, necesitaba ahora para la expansión de sus emociones íntimas una forma más etérea, una música más penetrante y más honda. Léase, por ejemplo, la poesía titulada *Sueños*, de ritmo tan blando y acariciador. De la fusión de estos dos elementos, esto es, de la precisión y firmeza de contornos del arte clásico y la inspiración melancólica y soñadora, salieron las más bellas poesías de Caro: *La flecha de oro*, balada digna de Uhland; *Las aves*; *La vuelta a la Patria*, inspiración perteneciente al género que los ingleses llaman *divino*, según feliz expresión de José Rivas Groot; el soneto *Patria*, que es un retrato moral del alma del gran ciudadano; el magnífico canto *A las estrellas* en que el autor, rompiendo las ligaduras de la retórica clásica, que embarazan el comienzo de su meditación, se eleva en alas de la inspiración idealista y de la emoción religiosa que el cielo estrellado le produce, hasta al-

turas dignas del cantor de la *Noche serena*. En la oda *Al Tequendama* hay, al lado de reminiscencias mitológicas, estrofas que recuerdan los bloques graníticos por donde se precipita la portentosa catarata. *El Parricida* es un admirable estudio psicológico de un criminal que, abrumado por el torcedor de su culpa, anhela el sacrificio expiatorio que ha de redimirlo. Pero todo esto cede el paso a la soberbia oda *A la estatua del Libertador*, que es el más bello homenaje rendido por la poesía al héroe de la América en el primer centenario de su natalicio. La musa de la elegía heroica, que había dictado a Rodrigo Caro su solemne *Canción a las ruinas de Itálica*, en que palpita una inspiración verdaderamente romana, visitó, más de dos siglos después a otro Caro, procedente de la misma estirpe, y llenó su alma disponiéndola para cantar, también en versos, de factura romana, un tema más grande que la ruina de los circos y de los templos, un destino más portentoso que el del "pío, felice triunfador Trajano". Olmedo y Caro son los dos cantores máximos de Bolívar, y para caracterizar sus respectivas inspiraciones, no hallo nada más oportuno que repetir el símil con que el retórico Longino diferenció *La Iliada* y *La Odisea*; el *Canto a Junín* de Olmedo, es el sol en el cenit con todo el esplendor de su energía vivificante; la oda de Caro es el astro que se pone con magnificencia melancólica en medio de la imponente serenidad de la naturaleza.

La poesía de don Víctor Caro no se ha movido hasta ahora en círculo tan vasto, ni ha aspirado a superar cumbres tan altas. Se ha mantenido en el círculo íntimo, y su libro de sonetos bien pudiera apellidarse, como el de su padre, *Horas de Amor*. Pero estos versos revelan, tanto en su forma como en su espíritu, la filiación poética del autor. En sus sonetos, como en los del cantor de la *Belleza Ideal*, se advierte al maestro en la técnica de la versificación; sagaz apreciador de los primores y delicadezas del ritmo y de la rima. En cuanto a la fuente de su inspiración, ésta ha brotado del fondo de su alma, apasionada y sensible, capaz de conmoverse hasta las lágrimas y de descubrir la poesía en humildes pormenores de la vida doméstica. Hay quien estima en poco la poesía familiar; como si los afectos íntimos del hombre no fueran tema tan propicio como los hechos de la vida civil para ser tratados en el idioma ideal de las musas. ¿Quién no entiende el lenguaje del corazón? Lo fastuoso y lo humilde pueden tener igual significación para el arte. Grande es la admiración que despierta uno de esos hipogeos egipcios en que yace la adusta momia de un Faraón, en medio de sus arreos, armas y carros de guerra; pero quizás se siente una emoción más profunda al considerar el pequeño sarcófago de aquella princesita egipcia que dormía el sueño eterno abrazada a su muñeca predilecta. Rasgo tan ingenuo tiene más eficacia poética que los vestigios de pompas heroicas.

Así como los asuntos grandes tratados con inspiración pálida y mediocre, parecen triviales e insignificantes, los temas más modestos adquieren entidad y brillo cuando se fija en ellos la mirada de un poeta de verdad. La poesía vive de lo concreto, de lo característico; y quien acierta a individualizar las cosas pequeñas, logrará un éxito

más sincero que el que se entretenga en abstrusas generalidades y celebre vaciamente, los magnos sucesos.

En el volumen de sonetos de don Víctor Caro, al lado de los elevados y hondamente sentidos que consagra a su padre y a su abuelo, aparecen los que dedica a hacer el elogio de la *tía abuela* y de la *criada antigua*, temas más modestos, pero que anima la inspiración, entre tierna y risueña, del delicado poeta, el cual, enamorado de cuanto lleva el sello de venerable antigüedad, canta la poesía de las casas viejas y de la silla de cuero de Córdoba, en donde reposaron de sus fatigas preclaros personajes de la Colonia. La musa de Víctor Caro es una musa piadosa que recoge en copa de oro la lágrima furtiva, vertida en la penumbra del hogar; y da la fijeza del arte a la sonrisa de felicidad que arrancan al poeta los pueriles antojos de sus pequeños. El siguiente soneto muestra cómo puede transcribirse en el idioma de las musas los rasgos aparentemente más triviales de la vida doméstica:

No bien entro en mi casa, a darme vienes
Y a recibir el beso prometido,
Ya hacer que por el tuyo eche en olvido
De este mundo, mi bien, todos los bienes.

Sumiso a tu capricho aquí me tienes;
Hála ya de estas manos que te han sido
Sostén, si corres, y si duermes, nido,
Y si lloras, refugio de tus sienas.

¿Quieres jugar al san Miguel dorado,
A la gallina ciega o al contado,
O montar en tu burro favorito?

¿Que sí? pues ya de mi salud con mengua,
A órdenes de tu dulce media lengua,
¡Estoy en cuatro pies, manso burrito!

Es la escena final de *El Capitán Veneno*, no remedada, sino vivida una vez más. Sólo que Víctor Caro, para llegar a ella, no recorrió las etapas de aquel incomparable personaje de Alarcón; no hizo gala de selvática hostilidad contra el bello sexo; ni se mostró huraño e intratable; ni maldijo del amor. Ajeno, eso sí, a frívolos devaneos, puro de cuerpo y de alma, entregó su corazón, sin salvedades ni reticencias, cuando halló realizado en humana figura el ideal de gracia física y de belleza moral que había acariciado desde su adolescencia. Y no arrulló su amor con suspirillos fugaces; de pie en el umbral de su hogar convidaba a su compañera en los siguientes términos:

La dulce sombra paternal, la holgura
Y austera paz de tu vivir, las viejas
Paredes que albergaron tu ventura,
Cuanto tu pecho amó, todo lo dejas.

Ni de saber tu corazón se cura,
 Cuando del seno de tu hogar te alejas.
 A dónde irás; de mi lealtad segura,
 Vienes a mí sin inquietud ni quejas.

No osas temer, porque mi casta vida,
 Mis manos puras y mi limpio nombre,
 Valen por juramentos de cariño...

¡Ven pues, soñado bien, alma elegida,
 Ven que en la cárcel de mis brazos de hombre
 Te espera ya mi corazón de niño!

Muy lisonjeada debió sentirse la distinguida joven a quien va dedicado este soneto, al verse galanteada en forma tan noble, honrada y viril. Por boca del poeta habla en esta ocasión un cumplido caballero cristiano.

La emoción que estos versos despiertan en todo pecho bien nacido, nos conduce a insistir sobre otro de los caracteres que distinguen la obra de nuestro compañero: la suya es poesía honrada. Y lo es, por la fidelidad con que expresa altos y delicados sentimientos, en forma clara, precisa y hermosa. Se sentiría él humillado si por agradar a cierta parte del público, o por obtener fáciles efectos, o por vencer dificultades de la expresión poética, hubiera tenido que hacer traición a su ideal de arte, o hubiera falseado sus sentimientos, o hubiera sido infiel a la índole castiza del idioma, que con tanto brillo cultivaron sus ascendientes. Y esta honradez literaria es tanto más de estimar, cuanto más alardea de sus éxitos una escuela de arte que tiene como norma la falsedad; y se muestra falsa en el fondo y en la forma, correspondiendo lo enfermizo y artificioso de las ideas y de las imágenes con lo nebuloso y exótico de la expresión. Hay que volver a las fuentes vivas de la naturaleza, para que la poesía recobre su prístina frescura y el primaveral hechizo que ha tenido en las grandes épocas literarias.

No terminaré sin hacer notar que el nuevo académico no sólo tornea un soneto con destreza digna de su padre, sino que es un distinguido cultivador de la prosa científica, como lo prueba, entre otros escritos suyos, el elegante y profundo elogio que consagró a la ciencia y escritos de *Julio Garavito Armero*, poniendo de relieve la originalidad de las concepciones de este varón modestísimo, a quien sólo faltó el haber brillado en un escenario más amplio para ocupar puesto eminente entre los sabios contemporáneos. Contando con elementos tan valiosos, bien podría el señor Caro, emprender una obra de grande aliento, a la cual quedase vinculado gloriosamente su nombre; por ejemplo, la historia de las ciencias exactas en Colombia, asunto cuyo desarrollo le permitiría bosquejar el retrato de personajes venerables por su saber y por la influencia que ejercieron sobre la cultura patria; y demostrar que, en ocasiones, nuestros sabios, casi autodidactos, se anticiparon con geniales intuiciones a los formados

con todo el rigor de los métodos más adelantados, en países de civilización secular.

Podemos figurarnos, haciendo un ligero esfuerzo de imaginación, que acompañan al recipiendario, en este momento memorable, las sombras de los preclaros miembros de su familia, celebrando su triunfo y estimulándolo para acometer más altas empresas. Yo, por mi parte, confío en que él no ha de desoir la obligante excitación, en la cual hallará nuevo estímulo para el ejercicio de sus grandes facultades. Aspire él a las mayores alturas, que a ello tiene derecho, en la seguridad de que no ha de faltarle el aplauso de las personas cuyo voto puede tener para él importancia, y de que, por mucho que ascienda por la áspera cuesta de la gloria legítima, allí encontrará señaladas las huellas de sus antecesores y deudos; y oirá bajar de más alto la voz con que Apolo saludaba a Ascanio en el momento de obtener éste un hermoso triunfo: *Macte nova virtute*.

De manera especial lo obliga el recuerdo de su inmediato antecesor en la silla académica a quien ha consagrado en su discurso tan elocuente elogio. Fue don Hernando Holguín y Caro uno de los hombres que han honrado más al país en los últimos tiempos, porque, habiendo vivido, desde su primera juventud, en medio de las luchas políticas, logró, amparado con el escudo de su virtud, que nada amenguase la integridad de su carácter ni manchase la pureza de su alma. Unió la decisión a la mansedumbre; la ardentía a la delicadeza; por lo cual tuvo adversarios, pero no dejó un solo enemigo. Si, como todo lo hacía presumir, él hubiera sido llamado algún día por el voto popular a regir los destinos de la nación, Colombia habría visto en el solio de Santander y de Murillo a un discípulo de Ozanam, capaz de llevar al ardor de las contiendas civiles el espíritu de caridad que animaba todas las actividades de su existencia. Amaba la verdad, pero también amaba la belleza, considerándolas como emanaciones de la potencia creadora; como rayos desprendidos de la faz del Supremo Hacedor. Defendió la causa de sus convicciones y afectos con la hidalguía del caballero y la distinción del hombre de letras, elevando de esta manera los debates de la prensa y del parlamento, y se mostró artista hasta en la manera de dar y recibir los golpes. No lo conocieron suficientemente los que no pudieron vivir dentro de la atmósfera cordial de aquella alma nobilísima, toda generosidad, dulzura y desinteresado entusiasmo; los que no lo vieron pasar de las efusiones místicas al pie de los altares, al combate político adonde llevaba el rostro todavía iluminado con el fulgor de las inspiraciones celestes.

Dejó escritos políticos, jurídicos y literarios, que le darán siempre un sitio honroso en la historia de las letras colombianas; pero dejó algo que vale más y es más escaso: un grande ejemplo, que no será perdido para la patria pues seguramente fructificará en otros corazones y servirá a modo de acicate y de estímulo para quien sienta en su pecho el santo anhelo de servir a la verdad y al bien. Su figura se destacará en el escenario de nuestra historia, circundada de

una aureola de luz apacible y suave que no lograrán oscurecer los fulgores rojizos de otras glorias más tumultuosas, más llamativas, pero que han costado sangre o tranquilidad a la nación, y que no obstante su apariencia aparatosa, han sido menos eficaces que aquella para el desarrollo de una civilización verdadera y estable.

Y aquí pongo término a estas palabras, para que su sequedad se embalsame con el recuerdo, a un tiempo dulce y melancólico, del varón justo, a quien puede aplicarse el singular elogio del libro sagrado: consumado en breve tiempo, llenó el espacio de muchos años.